



*John Gilbert*

*ecran*

*n.º*

HECHO EN CHILE POR  
**UNIVERSO**

# ACCION SOCIAL E INQUETUD METAFISICA DEL CINEMA

POR  
SALVADOR  
REYES

Muchos de los que se ocupan de temas cinematográficos han intentado establecer la parte de influencia que las películas tienen en las costumbres de nuestra época. No hemos visto, sin embargo, que reine acuerdo en la materia. Mientras para unos, el cine es responsable de todas las costumbres licenciosas de hoy, para otros, se debe a él una vasta lección de energía y de belleza, que se traduce en una mayor cultura general de las masas.

Seguramente hay una parte de razón en cada una de estas dos opiniones. El cine ha refinado el gusto por lo decorativo, ha extendido el amor por los deportes y ha hecho aún más: ha internacionalizado muchos aspectos de costumbres y métodos de vida, que contribuyen a formar criterios amplios, comprensiones más justas que las antiguas en muchos órdenes de cosas. No incluimos en las beneficencias del cine, los que pudieran derivarse de sus creaciones de arte puro, ya que ello no constituye influencia social. Y no lo constituye, porque es un hecho que para el grueso público, las películas de estricto carácter artístico pasan incomprendidas. Frente a la pantalla, el público, aun aquel que por razones de fortuna o posición social, nos parece a primera vista más culto, no busca arte, sino fácil distracción, siéndole molesto todo lo que obigue a meditar o muestre algún hecho que no sea el que está dentro de sus predilecciones o de su hábito.

Es por esto que no se puede aplicar al cine el mismo criterio de libertad que al libro. La acción social del cine es, desde luego, diversa a la del papel escrito y, acaso, mucho más intensa.

No es cuestión de afirmar, como lo hacen algunos, que la literatura está en franca derrota frente al poderío de la pantalla. Pero es un hecho, que el cine ha destruido una buena parte del antiguo interés por los libros. Ir a ver una película supone alternar con otras gentes, moverse, charlar; leer un libro significa inmovilidad, mayor o menor concentración, aislamiento. No es necesario insistir en los gustos generales de la gente de hoy, para darse cuenta de que hay muchos más partidarios del cine que del libro. Por este motivo, la libertad de acción de uno y otro no puede ser la misma.

¿Ha correspondido el cine a esa especie de confianza que se ha depositado en él, al dejarlo en amplio, directo y constante contacto con la masa? Hay muchos puntos que nos obligan a contestar que no.

Si lo comparamos con la actitud de la literatura frente a los hechos trascendentales, no podemos dejar de reconocer que esta en una situación de manifiesta inferioridad. En efecto, mientras la literatura ha aceptado su parte de responsabilidad social en la forma más digna posible, el cine—negocio antes que todo—no ha procurado sino satisfacer el gusto de la mayoría, halagar los convencionalismos más corrientes.

Pongamos el caso de la guerra. Mientras, después del conflicto europeo, los escritores de todo el mundo, se han esforzado en combatir la guerra, el cine, ¿qué ha hecho? Aparte de algunas producciones aisladas, ha repellido en centenares de cintas, la hueca retórica, heroica, proclamando un patriotismo rampón, a base de actitudes arrogantes, imposibles en la vida real. Los aspectos trágicos, bárbaros, fatales de la guerra, (que son los verdaderos), los que han descrito con palabras de apóstoles, hombres como Barbusse, Lehonard, Franck, Remarque y tantos otros, apenas si han despuntado una que otra vez en las películas.

El cine ha adoptado en este caso una actitud cómoda, haciendo la propaganda de la guerra en centenares de films, donde se ve al héroe siempre triunfante, rodeado de una aureola muy grata al burgoés, pero perfectamente nociva para los altos ideales humanitarios.

Otro de los pecados del cine, es el que ya señaló Pio Baroja; el



Escena del JUBILEO, en "HALLELUJAH"

de propagar un exagerado amor por el dinero, por la vida fácil, por el lujo.

Porque, si es verdad que en la película triunfa siempre el bueno, lo cual para la mayoría es ejemplo de sobra moralizador, también es cierto que llega a su triunfo moviéndose en un ambiente de esplendores destinados a halagar al poderoso. El grueso público ve en el cine un mundo de maravilla, de fáciles placeres, donde todo canta loas al dinero, al utilitarismo; y muchas veces, confunde este mundo ficticio con el mundo real en que él actúa. Entonces sobreviene el fracaso y el despecho. En cuanto a los grandes ideales de piedad y de altruismo no abundan, justo es confesarlo, en las películas de hoy. En este, como en el anterior caso, el cine procura halagar los apetitos de la mayoría.

En esta situación, ¿puede dejarse al cine libertad absoluta para encarar la vida y los problemas morales en la forma en que lo hace? Es de creer que no. Su contacto directo y constante con la masa, su popularidad inmensa, lo inviste de cierta responsabilidad que debe obligarse a tomar seriamente. ¿Que medios arbitrar para ello? No es posible señalarlos así, a la ligera, pero cabe afirmar, en todo caso, que no ha de ser una Censura, como la que existe actualmente en Chile y otros países, y que es perfectamente inútil. Ha de ser, tal vez, un control ejercido por artistas sociólogos y educadores, en la producción misma.

Ahora otro aspecto diverso, pero relacionado con igual tema. La totalidad de los cineastas está de acuerdo en afirmar que este arte debe permanecer puro de todo contacto literario y no representar sino un hecho vital en su fuerza emotiva y simple, despojado en absoluto de anécdotas y moralejas.

Aceptando esta afirmación, podemos pensar, sin embargo, que el cine puede y debe ser un conductor de ideas y abordar aspectos metafísicos. No es cuestión de que se produzcan películas que equivalgan a tratados de filosofía, pero seguramente hay en la pantalla una posibilidad ideológica enorme.

Hace años, cuando conocimos «La Muerte Cansada», pensamos que había llegado para el cine la época de su inquietud metafísica. Había en ese film, expresadas por medio de bellos símbolos, unas cuantas ideas religiosas. La misteriosa sugerencia de la pantalla daba a este tema un encanto penetrante y una fuerza nueva y vital. La promesa de «La Muerte Cansada» no se cumplió; sin embargo, y ha debido pasar muchos años antes de encontrar una nueva obra que, aunque de orientación diversa, encierre un asunto de esta categoría.

Ha sido «Hallelujah».

No se trata ya de ideas representadas en símbolos maravillosos, sino de la inquietud religiosa de una raza, tal y como se manifiesta en la vida real. El negro africano, trasplantado a los Estados Unidos por el antiguo comercio de «bano vivo», ha adoptado la religión de su nueva patria, pero agregando a ella la fuerza primitiva de sus mitos ancestrales. «Hallelujah» nos hace comprender esto en escenas de magnífica composición y por las cuales, por un soplo de solemne grandéza.

No hemos visto una película que, como «Hallelujah», represente con tanta fuerza un sentimiento colectivo, un anhelo de raza. En las escenas del bautismo de los negros, en las del jubileo, como asimismo en las de las lamentaciones, hay una exaltación religiosa y un sentido orgiástico al mismo tiempo; algo trágico y algo dionisiaco que se confunde y de cuya amalgama brota el conocimiento íntimo del alma de toda una raza.

Para el materialismo general del público, «Hallelujah» ha sido una obra incomprendible. Muchos se han reído y muchos se han desconcertado. El público, al cual el cine ha acostumbrado a la comodidad rutinaria de una producción «standard» no quiere molestarse en tratar de comprender lo que está más allá del llamado «drama social» con su propaganda al lujo y al dinero.

Pero películas como «La Muerte Cansada», como «Hallelujah» y alguna otra que en este momento no recordamos, deben producirse, pese a la incompreensión general, para abrir el camino a estos temas metafísicos con los cuales, tarde o temprano, el cine tendrá que encararse.



Escena del bautizo de los CONVERSOS en "HALLELUJAH"